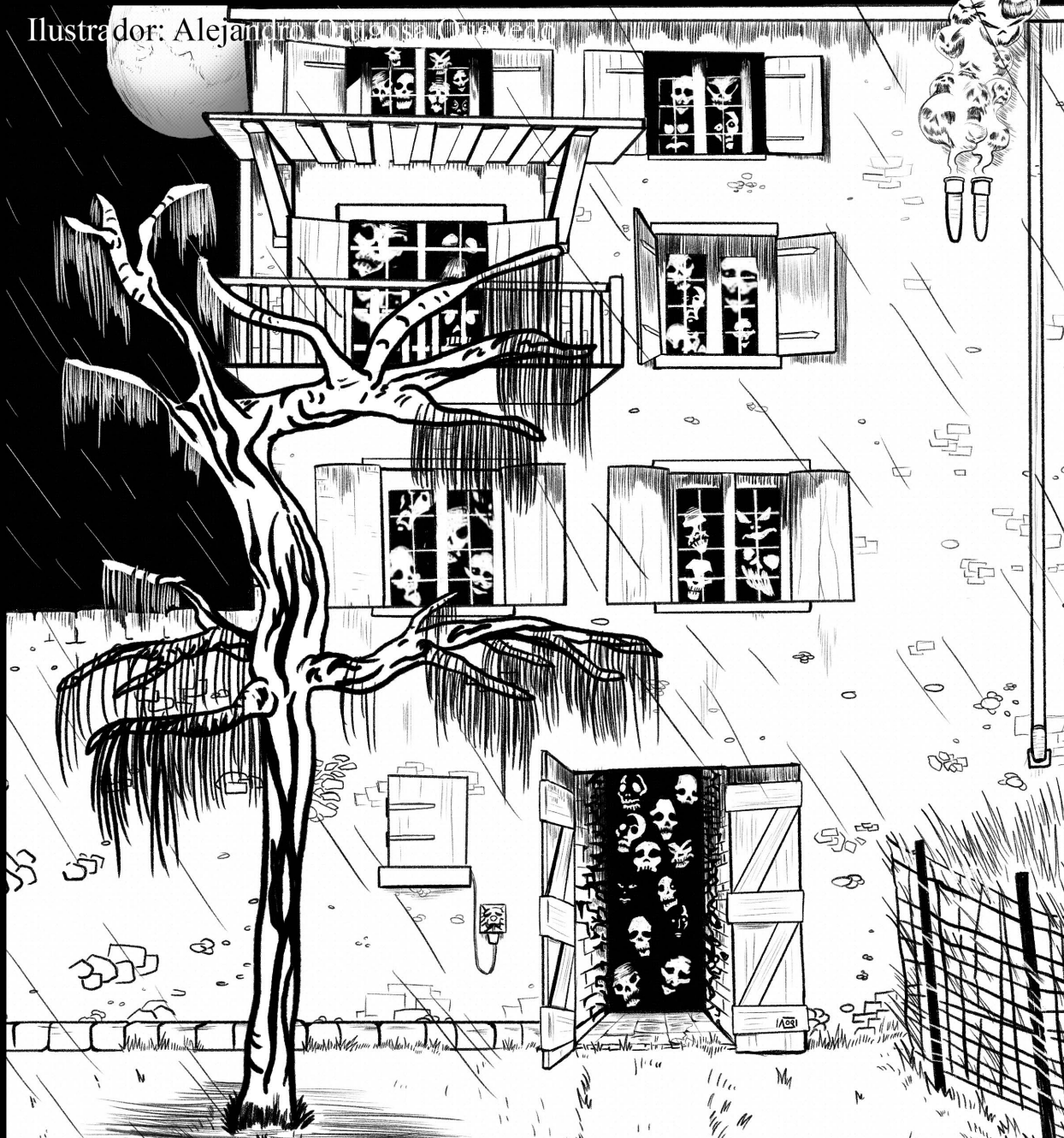


Autor: Abilio Ayuso

LA CASA MALDITA

Ilustrador: Alejandro



El mundo espiritual existe, aunque en otra dimensión que normalmente no interactúa con la nuestra. Sin embargo, cuando lo hace, resulta un gran error no tenerlo en cuenta.

Aurelio y Marina formaban una pareja muy dispar, él era un hombre de letras, culto, refinado y sensible, ella era mucho más sencilla como persona, pero una excelente modista capaz de confeccionar el vestuario más elegante, sin embargo, al trabajar a sueldo para terceros no se veía recompensada ni en la paga ni en el prestigio, que evidentemente se llevaba para sí el establecimiento.

¿Por qué unieron sus destinos dos personas tan dispares?, tal vez porque eran un buen complemento y se dieron cuenta de que podían formar un equipo ganador, lo que a uno le faltaba, al otro le sobraba.

Aurelio percibió que su mujer estaba frustrada y poco valorada en aquel empleo y le propuso montar un tallercito de modista por su cuenta, por respuesta recibió un mar de dudas: “¿Y sino consigo ningún cliente, o no gano ni para los gastos del local?”.

“Tranquila mujer, pues viviremos más modestamente con mi sueldo de informático”.

Pero fue un verdadero éxito, pronto su fama se extendió y no solo tuvo encargos suficientes para ocuparle la jornada completa, sino que necesitó contratar ayudantas para que hicieran las labores más repetitivas, guardando para sí misma los trabajos más delicados.

Como mujer astuta que era, supo encontrar amas de casa desocupadas y aburridas, hábiles con la aguja, que eran felices realizando sus encargos y cobrando en efectivo, sin necesidad de impuestos ni papeleo.

Aquel pequeño chiringuito de apenas nueve metros cuadrados pronto se amplió a taller-vivienda adquiriendo el piso superior y se convirtió en una mina de oro. Gracias al saber hacer de Aurelio, Hacienda solo se llevó una parte razonable de los beneficios en lugar de más o menos el cincuenta por ciento que en buena ley les hubiera correspondido.

Aquello originó un problema: ¿Como utilizar el dinero cobrado en efectivo?, una fórmula eran los restaurantes y viajes a los que eran aficionados, pero el trabajo de ambos les impedía viajar salvo en contadas ocasiones al año, por tanto precisaban algo donde invertir el remanente y la idea les vino a la cabeza en una ocasión en que paseando por una aldea perdida en las montañas del Pirineo, vieron un torreón cuadrado de piedra sólida sin puertas ni apenas ventanas del que colgaba un letrero que rezaba: EN VENTA.

Aquello había que aprovecharlo, al ser un mazacote de piedra inhabitable, situado en un lugar para nada turístico el precio era ridículo, pero tenía unos muros sólidos como las murallas de Ávila, unas vigas de roble del grueso de un barril mediano y un

excelente tejado de pizarra, el lugar perfecto para invertir y convertirlo en una bombonera.

Dicho y hecho, lo compraron. Aurelio realizó los planos y dibujos exactos de lo que tenía que ser la obra: Planta baja almacén de leña y trastos con salida al jardín, que en realidad era una terraza al valle, ya que la casa estaba situada en una ladera muy inclinada, la planta siguiente sería una sala de estar y habitación para invitados, la tercera tenía la puerta de entrada posterior desde la calle, allí diseñó la cocina, comedor y sala de estar con una preciosa chimenea y un balcón terraza cubierto con alero de pizarra, donde poder desayunar con vistas a las montañas nevadas.

La cuarta planta, pero segunda desde el nivel de la calle trasera, la diseñó como habitación y sala de estar para ellos, con vistas al valle, más un cuarto de baño con ventana a la calle posterior.

Incluso quedaba espacio encima del lavabo para instalar una pequeña bohardilla dispuesta como leonera para el pequeñuelo que ya estaba en camino, porque Marina ya estaba embarazada.

El embarazo y posterior parto se podría definir como ideal, le permitió a la madre seguir con su actividad, aunque de forma moderada, y reemprenderla pocos días después del parto, que fue un visto y no visto: Llegar al hospital y poco después ya tenía un enérgico bebé berreando a pleno pulmón al que llamaron César.

Tampoco el bebé supuso ningún obstáculo, una canguro lo atendía cuando era preciso y los abuelos estaban encantados de hacerse cargo en cualquier momento.

Eso les permitió subir a menudo a controlar las obras de la casa. Cuando después del primer año de trabajo los maestros canteros ya hubieron construido las puertas delantera y trasera, ventanas y las cuatro plantas y media, el matrimonio decidió pasar por primera vez un fin de semana allí, por supuesto sin el niño.

Los únicos muebles que los antiguos propietarios habían dejado eran dos pasteras, una especie de enormes arcones de madera abiertos como cunas inmensas, que según les explicaron se utilizaban para la matanza del cerdo, o de cualquier otro animal, recogiendo allí sangre y vísceras para que no se desperdiciaran, estaba claro que aquel lugar no solo había sido granja, sino matadero, sin embargo, no dieron mayor importancia al hecho.

Después de una jornada de duro trabajo en el jardín, Marina cayó rendida sobre el improvisado colchón que les servía de cama, sin embargo, Aurelio, a pesar del cansancio y del silencio del lugar, no conciliaba el sueño.

Tenía la sensación de que algo negativo flotaba en el ambiente, tal vez era la sangre derramada en aquel lugar, el espíritu de los animales sacrificados, o cualquier otra

cosa, pero aquello que durante la actividad del día pasaba inadvertido, en el silencio de la noche era perfectamente percibido por una persona sensible como él.

Decidió enfrentarse al hecho y hacer su propio exorcismo, se concentró con toda su alma en un pensamiento, expulsar de allí todo lo que fuera maligno o negativo. De inmediato notó una extraña sensación en la frente, a la altura de donde se dice que tenemos el tercer ojo, como si un dedo inmaterial hurgara en aquel lugar.

Lejos de asustarse, concentró toda su potencia mental en aquel pensamiento: “Esta es mi casa, ¡fuera!, no os quiero aquí”.

Poco a poco la sensación fue cediendo y al final concilió un sueño reparador. A partir de aquel momento aquella casa disfrutó de un aura positiva, todo el mundo que la visitaba explicaba la paz que transmitía y lo a gusto que se dormía entre sus cuatro paredes.

Los años pasaron y el matrimonio continuó invirtiendo el remanente del dinero no declarado del negocio de confección en convertir aquella casa en una maravilla: En el jardín hicieron construir una preciosa fuente natural canalizando el agua que brotaba de la propia ladera de la montaña, plantaron dos sauces llorones, un abeto azul y un arce rojo, concluyeron la decoración con un banco de piedra, un columpio en madera rústica y un enorme carro antiguo.

Asimismo, el muro final del jardín fue decorado con una barandilla rematada con dragones de forja y convertido de esta forma en un largo banco con vistas al valle.

El interior fue decorado con antigüedades adquiridas en las ventas de granero de los pueblos de la zona, hasta dejarlo hecho una maravilla, un lugar de cuento de hadas.

Al mismo tiempo el niño iba creciendo, sano y feliz, posiblemente ayudado por el maravilloso aire que respiraba los fines de semana en aquella aldea. Fue al pasar de la guardería parvulario al colegio, cuando Marina le dijo a su marido que debería encargarse él de llevar y traer el niño a la escuela, aunque ello representara reducir su actividad como informático, ya que aquello no era adecuado que lo hiciera una canguro, además precisaba que repartiera los encargos e hiciera las comparas mediante el todoterreno ya que ella nunca se había atrevido a conducir un vehículo.

El motivo estaba claro: El taller de confección estaba generando ingresos cuatro veces mayores de lo que él pudiera ganar con su trabajo, por tanto, si alguien debía sacrificar su actividad, era Aurelio y él, como hombre razonable que era, aceptó.

Así continuaron, y podían haber sido un matrimonio feliz al que la suerte siempre venía de cara, sin embargo, Marina era una mujer tan ambiciosa y mezquina que en un momento dado comenzó a pensar que si se divorciaba, no tendría que repartir los beneficios del taller con su marido, sin considerar que todo lo que había conseguido

era gracias a él y que sin su ayuda aún estaría en un sótano cosiendo para una marca de prestigio.

Se daba la circunstancia además de que el pobre hombre, nunca había dejado de trabajar y aunque su sueldo no fuera astronómico, aportaba mucho más de lo que gastaba.

Por otro lado, aquella harpía también pensó que, ya que era más joven que su marido, estaba aún a tiempo para encontrar un amante lozano en plena forma.

Comenzó la mujer una trama financiera ayudada por el gestor, que a pesar de haber sido contratado por su esposo, resultó ser una víbora ponzoñosa y miserable, dispuesto a traicionarle apuntándose a caballo ganador.

Marina desvió los beneficios del mutuo negocio llevándolos a cuentas personales, algunas en el extranjero, para descapitalizarlo y al final tenerle que pagar solamente un precio de miseria al comprarle su parte en el pacto de divorcio.

Finalmente, para conservar la casa donde vivía, Aurelio tuvo que ceder a su esposa el taller-vivienda más la casa en el Pirineo en la que tanta ilusión y esfuerzo había invertido.

Una vez divorciados, la vida fue poniendo a cada uno en su lugar: Antes de finalizar el año, Aurelio conoció a una maravillosa mujer, buena y honrada que le acompañó por el resto de su vida.

Sin embargo, a Marina, la suerte la abandonó y tuvo seis accidentes seguidos a razón de uno por año, por otro lado, el amante musculoso que consiguió en primera instancia, y a quien pensó que podía llevar y traer como a su ex marido, le duró lo que un suspiro y tuvo que seguir su vida sola y amargada.

Marina tenía la casa que con tanto esfuerzo y cariño había diseñado e incluso construido en parte su exmarido, pero ahora las cosas no eran tan sencillas, ya no disponía de él como chófer, recadero y mozo de carga, y dado que ella era incapaz de conducir, a pesar de tener el carnet y aquello era una zona despoblada, no tenía más remedio que alquilar un taxi que la llevara y trajera lo cual, aunque para su economía no resultaba gravoso, presentaba el problema de que una vez allí se hallaba limitada para efectuar compras, excursiones o visitas a pueblos vecinos.

Tampoco podía disponer de Aurelio para que segara la yerba y plantas parásitas que en aquella tierra fértil alcanzaban más de un metro de altura en poco tiempo, ni para que cargara y cortara la leña, las bombonas del butano, ni tantas otras cosas.

Por otro lado, descubrió que a su hijo no le apetecía pasar un fin de semana allí sin la compañía de su padre. Eso y los otros inconvenientes hicieron que se desprendiera de

la casa, pero al no encontrar rápidamente un comprador acabó vendiéndola a precio de saldo, lo cual le ganó el eterno rencor de su propio hijo que jamás le perdonó que se deshiciera de aquella maravilla en lugar de legársela como herencia.

Para justificarse ante su hijo le informó que, con el dinero de la venta, había realizado una inversión mucho mejor, nada más ni menos que un piso en París y se extrañó muchísimo de que el muchacho no tuviera el más mínimo interés en conocer su nueva adquisición. Tan torpe era Marina que no se daba, o no quería darse cuenta de que, sin verlo, el chico ya odiaba aquel maldito piso que había representado la venta de la casa donde había sido tan feliz.

Finalmente, el día en que César ya no pudo poner más excusas y tuvo que acompañar a su madre a ver el piso en la ciudad de la luz, no supo si reír o llorar: Situado en un suburbio muy alejado del centro, en mitad de un barrio de casitas bajas se percibía un mazacote cuadrado de cemento apenas sin ventanales, como si una nave alienígena hubiera aterrizado en el lugar, ese era el edificio en cuestión, parecido a un bunker, se supone que debería ser un antiguo almacén o comisaría, reconvertido en apartamentos.

Dentro de dicho engendro se hallaba lo que César denominó “el zulo”, ya que no podía calificarse de piso ni siquiera apartamento. Consistía en un cuartucho de apenas seis metros cuadrados, en el que no cabía una cama de tipo regular. Para completar el cuadro solo disponía de un ventanuco con vista directa a un muro de cemento.

En dicho espacio se hacinaban un sillón que al extenderse podía usarse como cama incomodísima, un pequeño sofá con igual propósito y una mesita.

Repartidas como si del bazar de una antigua trapería se tratara, se hallaban pequeñas antigüedades rescatadas de la casa, lo cual ayudaba a crear un ambiente más patético aún si cabe.

¿Por qué escogió París para realizar aquella inversión tan desastrosa?, simplemente porque con sus relaciones con profesionales y empresas de alta costura, debía pernoctar en aquella ciudad unos cuantos días al año.

De haber estado emparejada todavía con Aurelio, éste le hubiera explicado que, aún en el supuesto de que tuviera que pasar veinte días al año en aquella ciudad, teniendo en cuenta que podía conseguir una habitación en un hotel decente por ochenta euros noche, sin tener que preocuparse de limpieza ni mantenimiento y teniendo el desayuno preparado, aquella inversión no la amortizaría ni en cien años.

Además se daba el caso, de que un hotel siempre se puede escoger lo más cerca posible del evento al que debas asistir, mientras que aquel zulo quedaba en un extrarradio mal comunicado, pero Marina siempre había tenido el sentido de la lógica en los pies, por no decir en otro sitio.

Pasaron los años, pero en diferente forma para cada uno, Aurelio envejecía plácidamente en buena salud, bien cuidado por su nuevo amor, pero Marina, tal vez consumida por su propia maldad, desarrolló un cáncer terminal que acabó rápidamente con su vida.

Como buena amante de la hipocresía y el histrionismo fatuo que era, rogó a su hijo que solicitara a su padre que pasara a visitarla una última vez, Aurelio lo hizo principalmente porque era César quien se lo había pedido.

Una vez en su presencia, desde su lecho de muerte, después de una serie de consejos superfluos y rimbombantes con respecto a su hijo, Marina tuvo la osadía de decirle en un tono teatral: “Y si alguna vez he cometido alguna falta contra ti, te ruego que me perdones”.

“Si, has cometido muchas faltas contra mí, pero no tengo porque perdonarte ni lo haré, llévate tu culpa al otro mundo y que Dios te juzgue”.

“¿De qué puedes quejarte?, cuando estuviste conmigo tuviste una buena vida”.

“Pues tengo muchas quejas: Por ejemplo, que fuiste una desagradecida respecto a todo lo que hice por ti, y el ser desagradecido es de mal nacido. Pero lo peor es lo que le hiciste a tu hijo”.

“¿Que le he hecho yo a mi hijo?”.

“Entre otras cosas cambiarle esto por esto”, dicho lo cual Aurelio sacó de su bolsa una tableta que llevaba preparada en la que solo al conectarla aparecieron en intervalos de pocos segundos las imágenes más bellas del exterior e interior de la casa del Pirineo, intercaladas con las más cutres del cuartucho de París que César le había transmitido.

Marina se quedó sin palabras, lo cual era extraño para una mujer que había sido siempre tan locuaz, quiso articular una excusa, pero solo consiguió que rodaran un par de lágrimas por sus mejillas, aún tuvo que oír la despedida de Aurelio cuando le decía: “Ahora ya conoces el secreto, puedes llevártelo a la tumba”.

Eso sí, Aurelio al llegar a casa y explicárselo a su mujer actual, que era más buena que el pan bendito, tuvo que tragarse la regañina a la que puso fin diciendo: “Si, he sido malo y cruel, pero era lo que se merecía y ya estoy harto de que la gente malvada, cuando se ven jodidos acaben pidiendo perdón y todo quede olvidado”.

Aurelio, su mujer y el hijo de ésta, acompañaron a César en el entierro de Marina, más que nada para que no se sintiera solo, en el acto les comentó: “No he querido hacer funeral porque de todas formas no era católica, ni responso diciendo lo buena

que era porque todos sabemos que no es verdad, y en cuanto a enterrarla a trescientos kilómetros en la tumba con los abuelos... No voy a cumplir la promesa, de la misma forma que ella no cumplió la suya de no vender la casa, ósea que incineración y arreando”.

Después del fallecimiento, César vendió el cuartucho de París, no sin retirar antes hasta el último elemento de la antigua casa y depositarlo con el resto en el guardamuebles. También liquidó el taller vivienda y se instaló a vivir con su novia en un piso alquilado.

Sucedió, un día en que padre e hijo comían juntos, como hacían casi todas las semanas. En un momento de la conversación surgió el tema de la antigua casa de la montaña y fue el hijo quien comentó: “Mañana tengo fiesta y mi novia no, ¿Por qué no vamos a verla?”.

Dicho y hecho, al día siguiente se ponían en camino de buena mañana. Al llegar observaron pocos cambios en la aldea que como siempre estaba semi-desierta, ya que el noventa por ciento de sus habitantes lo eran de fin de semana.

Aparcaron y caminaron los cuatro pasos desde la plaza hasta su antigua casa para llevarse la sorpresa de que tanto la puerta de entrada como la ventana anterior estaban tapiadas con piedra y cemento y un letrero que parecía llevar mucho tiempo allí colgado rezaba: EN VENTA.

Mediante una visita a la parte posterior, pudieron comprobar que la puerta y ventanas estaban tapiadas de la misma forma, y el jardín, con la maleza a una altura de dos metros presentaba un aspecto descuidado y siniestro.

Al volver a la entrada, se abrió la puerta de la casa contigua y una viejecita les dijo sin más preámbulo: “Si, está en venta, pero no conseguirán venderla, porque está maldita”.

Padre e hijo agradecieron la información a la anciana, declinaron amablemente una oferta para entrar a tomar algo y marcharon no sin antes hacer un par de fotos de la casa y sobre todo el letrero en primer plano con su teléfono de contacto.

Una vez de vuelta en el vehículo, intercambiaron una mirada cómplice y casi al unísono dijeron: “¿Llamamos?”.

Una voz cansada les respondió diciendo que la vendía por la mitad de lo que le había costado, pero que no podrían verla por dentro hasta que no la hubieran comprado y retirado ellos mismos los cerramientos de piedra, y que, dado el bajo precio, no admitiría ningún tipo de queja posterior de ninguna clase.

Quedaron de acuerdo, firmaron un precontrato y días después pasaron por el notario, en donde el vendedor se aseguró de dejar constancia de que no habría derecho a reclamación alguna por el estado o cualquier circunstancia de la casa.

Dado que el actual propietario la había adquirido directamente a Marina, en ningún momento sospechó que Aurelio era el antiguo dueño, menos aún porque la compraron a nombre de César.

Imaginaron que los paletas de la zona serían reticentes a trabajar en una casa con tan mala fama por tanto, contrataron a uno de un pueblo bastante alejado que, aunque sorprendido de que hubieran tapiado así la entrada de una casa vacía en una aldea donde los okupas no existían, realizó el trabajo de retirar la piedra de la puerta de acceso muy profesionalmente y sin reparo alguno.

Una vez el paleta hubo concluido el trabajo y cobrado, quedaron de acuerdo para que la próxima semana regresara con un equipo para retirar el resto de piedra de la puerta posterior y todas las ventanas y eliminar la maleza del jardín.

Acto seguido, Aurelio tomó una bolsa del coche y le dijo a César: “Ves a dar una vuelta por el pueblo, de momento entraré yo solo para ver lo que hay, cuando acabe te mando un mensaje”.

El muchacho se dedicó a recorrer aquellas callejuelas y plazoletas por las que tantas veces había corrido y jugado con sus amigos del pueblo, en un momento dado reconoció a uno de los antiguos vecinos y le saludó. Al hombre le costó recordar quien era, pero cuando lo hizo entablaron una amigable conversación, hasta que surgió la inevitable pregunta: “¿Y cómo es que has vuelto por aquí?”.

“Es que mi padre y yo hemos comprado nuestra antigua casa”.

El semblante del hombre se puso más serio y comenzó a decir: “Aaaa... La antigua casa, ¿Pero sabéis...?, Bueno es que la tapiaron”.

“Lo sé, mi padre ha hecho abrir la puerta y ahora está dentro”.

“Ufff, ¿El solo?, es que... No si sabes que la gente dice que en esa casa pasan cosas malas”.

“Esa casa fue nuestra, yo fui muy feliz en ella, se vivía muy bien y nunca pasó nada malo, mi padre es un santo, y lo maligno nunca puede con los santos, volveremos a habitarla la mar de contentos”.

“Bueno... Claro, si vosotros habíais vivido en ella y nunca pasó nada... Tal vez es lo que hacía falta, que volvierais”.

Se despidieron cortésmente y César continuó su andadura.

Mientras tanto, Aurelio había abierto el doble pestillo y cerrado detrás de sí, la oscuridad era casi total, solo interrumpida por la luz que daba a la estancia un aire completamente irreal cuando se filtraba por los pequeños huecos cerrados con ladrillo de cristal.

Dio un vistazo ayudado por una linterna, los anteriores propietarios no habían dejado ni rastro de su mobiliario, excepto las dos pasteras del sacrificio animal.

El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo que se levantaba al menor movimiento. Ajeno a ello, Aurelio situó en el centro de la estancia el cojín que llevaba preparado, y delante suyo una vela y dos varillas de incienso a ambos lados que procedió a encender.

Después de sentarse en el cojín en la posición del loto meditó unos instantes, la vibración maligna podía percibirse en segundo plano, como esos ruidos sordos que nos indican que un aparato está averiado.

En un momento dado habló en voz alta diciendo: “Veo que habéis aprovechado mi ausencia para volver, más fuertes si cabe”.

A pesar de no existir corriente de aire alguna la llama de la vela y el humo de los inciensos se movieron lentamente a izquierda y derecha”.

“Pero yo también tengo más poder que antes, y la capacidad de expulsaros de nuevo”.

En esta ocasión el movimiento de llama y humo amenazó con apagar la vela, pero Aurelio continuó sin inmutarse: “Sin embargo, aunque posiblemente sin querer, me habéis hecho un gran favor, porque sin vuestra colaboración nunca hubiera podido recuperar la casa, por tanto, como persona agradecida que soy, vengo a ofreceros un trato”.

Esta vez el movimiento fue apenas perceptible, un destello.

“Permitiré que os quedéis, si es vuestro deseo, pero en ningún momento perjudicaréis a la propia casa, sus elementos ni enseres, ni a las personas, animales o plantas que en ella habiten o aquellas que yo invite o trabajen por mi cuenta, sin embargo, os permitiré cebaros en aquella gente que se presente con un mal propósito o intenciones nada claras y también con animales no deseados, como ratas, cucarachas o mosquitos”.

Durante unos instantes no sucedió nada, hasta que finalmente humo y llama oscilaron muy lentamente a izquierda y derecha, Aurelio remató la conversación diciendo:

“Tomo esto como un sí, a partir de ahora tenemos un trato que se extenderá a mis descendientes”.

Apagó la vela, pero dejó consumirse los inciensos, salió de la casa y sonrió al ver a la vecina de la primera ocasión que con mirada asustada le dijo: “¿Ha estado usted en la casa...?, ¿Y qué ha pasado...?”.

“Pues que la he visto muy sucia, pero en buen estado, en esta casa viví muchos años completamente feliz, y volveré a serlo otra vez”.

“Aaaa, ¿Usted es el antiguo dueño?, así se entiende, ¿No será usted brujo o algo parecido?”.

“Señora, yo lo que soy es buena persona, y a las buenas personas, aunque pasen penalidades, al final las cosas les acaban saliendo bien”.

Llamó a su hijo, y de regreso a la ciudad por las estrechas curvas de la carretera éste le pregunto: “Bueno dime, ¿Qué has visto?, ¿Había algo de cierto en lo que decían?”.

“Todo era cierto”.

“¿Habitada por malos espíritus?”.

“Yo no diría malos ni buenos, sino espíritus que han vuelto para anidar en ella, igual que las golondrinas anidan en el alero del tejado”.

“¿Y qué haremos, algún tipo de exorcismo?”.

“Nada de eso, he pactado con ellos”.

“¿!En serio?... ¿Y tú crees que cumplirán?”.

“Estoy convencido de ello”.

La semana siguiente, Aurelio, aprovechando que estaba jubilado, subió a la casa para dar paso y llaves a los trabajadores, la vela apagada y los inciensos consumidos aún estaban en el lugar donde los dejó, frente a ellos, parecía como si en el polvo del suelo, una mano torpe de niño hubiera escrito con una letra continuada sin separaciones y apenas legible la palabra: “Aceptamos”, Aurelio le hizo fotos con el móvil desde varios ángulos antes de borrarla.

Los paletas retiraron todos los cerramientos de piedra, los jardineros arrancaron las malas hierbas, dejaron el césped a dos centímetros y podaron los sauces que se habían desmadrado, un grupo de limpieza y desinfección dejó la casa reluciente como la

patena y el fin de semana siguiente, un equipo de mudanzas hacía el traslado y colocación de todo lo almacenado en el guardamuebles.

Mediante la memoria y las fotos antiguas procuraron dejar la casa exactamente como estaba antes, y si echaron en falta algún elemento trataron de comprar otro lo más parecido posible.

En la aldea todo eran conjeturas: “¿Como se había atrevido alguien a comprar una casa con aquel historial, a la que incluso temían los propios vecinos próximos?”.

Pero los más antiguos del pueblo comentaron que ahora vivía el propio hombre que la hizo construir, “Él sabrá lo que hace, o tal vez la casa reclamaba su antiguo dueño y era lo que hacía falta para acabar con la maldición”.

Más adelante, viendo que Aurelio la habitaba con regularidad con su perro y acompañado de su esposa, el hijo de ésta con la respectiva mujer incluyendo el nietecillo que rápidamente trabó amistad con el hijo de César, y que todos vivían felices sin que sucediera ningún inconveniente, los habitantes del pueblo se fueron relajando y olvidando las calamidades que habían sucedido en aquel lugar, incluso se atrevieron a aceptar alguna invitación para tomar el vermut o una barbacoa.

Un día que César y Aurelio habían subido solos para hacer algún trabajo de mantenimiento y reponer el butano más la despensa de cara a las próximas vacaciones, éste le dijo: “He traído las cenizas de mamá, mi mujer no las quiere en casa ni loca así que las tenía guardadas en un armario del despacho, ¿Te importa que las entierre bajo el abeto azul?”.

“No sé si te das cuenta qué son tu casa y tu madre y no tienes porqué pedirme ninguna clase de autorización”.

“Que es mi madre... Si, pero lo de mi casa, digan lo que digan los papeles, es muy relativo”.

“Bueno, pues estoy totalmente de acuerdo, hagas lo que hagas, ahora bien, cuando yo muera ni se te ocurra enterrar las mías también aquí, le he prometido a mi mujer que se las darás para que en un futuro yazcamos juntos donde ella decida”.

Excavaron un pequeño agujero de un par de palmos, vertieron en él las cenizas directamente, lo cubrieron con la misma tierra extraída y lo taparon con una piedra redondeada de más de cuarenta kilos, para que ninguna alimaña pudiera desenterrarlo, al acabar, César dijo sonriendo: “¿Te das cuenta como es la vida?, al final ha terminado en la casa que no quería y haciendo algo útil como dar alimento a las raíces del árbol”.

Para rematar la faena, hicieron un agujero en la base de la vasija funeraria de cerámica y plantaron en ella una bonita mata de flores que habían comprado, la dejaron en el balcón y dijeron al resto de la familia que la habían adquirido tal cual, recipiente incluido, como se deshicieron de la tapa a nadie se le ocurrió pensar que aquello había sido el contenedor de las cenizas de Marina.

En cuanto a la piedra redondeada comentaron que la habían visto entre las ruinas de las afueras de la aldea y les había gustado como quedaba allí, lo cual hasta cierto punto era verdad y si alguna vez preguntaron a César que destino había dado a las cenizas de su madre, respondió: “Las esparcí en plena naturaleza”, lo cual, hasta cierto punto era cierto.

Más de una vez las mujeres estuvieron sentadas en aquella piedra sin saber que lo hacían sobre una tumba porque, como decía Aurelio: “Hay que ser sincero con la esposa, pero hasta cierto punto, tampoco conviene exagerar”.

Un día en que Aurelio se hallaba leyendo tranquilamente un libro mientras saboreaba su pipa, llamaron a la puerta y al abrir reconoció de inmediato al hombre que con tanta premura le había vendido la casa, se saludaron, le hizo pasar, le invitó a tomar un té que el otro rechazó y al cabo de un rato de conversación intrascendente, el hombre soltó a bocajarro: “Usted me engañó”.

Aurelio contestó entre divertido y ofendido: “Caballero, yo nunca engaño a nadie”.

“Claro que sí, usted no me dijo que anteriormente la casa había sido suya”.

“¿Y por qué demonios tenía que decírselo?, tampoco le dije que era informático ni que llevaba unos calzoncillos de color gris”.

“Pero esto es distinto, porque de haberlo sabido, el trato hubiera sido diferente”.

“Ya entiendo, hubiera intentado cobrarme más”.

“Claro que sí, usted sabía que no tendría problemas y se benefició de mi desgracia”.

“Yo lo veo de otra manera, usted quería quitársela de encima y le puso un precio que pensó que era justo para sus circunstancias, mi hijo se lo pagó y ahora es suya”.

A medida que hablaba el hombre se estaba mostrando cada vez más incómodo, como si estuviera sentado sobre ascuas, hasta que en un momento dado se levantó de golpe gritando: “¡Aún están aquí!, ¡No se han ido!”.

“¿Quién no se ha ido?”.

“Los que provocan el mal, ¿Es que usted no los nota?”.

“No sé de qué me habla”.

“Esta casa está hechizada, los animales se mueren, la gente enferma, se oyen ruidos por las noches, el agua sale maloliente, es fácil tropezar con algo invisible y caer, y sobre todo esa sensación de hormigueo y pequeños pinchazos por todo el cuerpo que ahora mismo estoy notando”.

“Seamos lógicos: ¿No será todo producto de su imaginación o de casualidades que han hecho crecer su aprensión?”.

“¿Imaginaciones, aprensión?, ¿Puede ser imaginario que un tarro de azúcar se mueva solo y caiga al suelo?”.

“Lo siento, pero tendría que verlo con mis propios ojos para creerlo”.

“Pues yo he visto esas cosas y muchas más, y también otras personas del pueblo”.

“Ya sabe usted que en las aldeas la gente es muy supersticiosa y fácilmente influenciable, pero volviendo al tema anterior: Si tanto piensa que le hemos engañado estamos dispuestos a dejar que la recompre por el mismo precio más los gastos del papeleo, siempre y cuando lo haga para habitarla”.

“No la habitaría ni por un millón de euros, de momento está teniendo usted suerte y no les han atacado, pero ya me dará la razón cuando empiece a sucederle”.

“Cuando sea le prometo que le llamaré para decirle que estaba usted en lo cierto”.

“Me marchó, no aguanto aquí ni un minuto más, que tenga usted un buen día”.

“Igualmente”.

Cuando hubo cerrado la puerta, Aurelio miró hacia todos los rincones de la estancia, sonrió y dijo: “Así me gusta, que seáis buenos chicos”.

FIN...